

## MONTAJE

Sumerge en el río a aquel que ama el agua.

WILLIAM BLAKE

Este libro habla de la conexión. De cómo la inmersión en la creatividad puede unirnos y ayudarnos a cultivar una mayor consciencia de nosotres mismos. De cómo afinar nuestra capacidad de conectar de manera creativa puede ayudarnos a desarrollar la empatía y establecer una relación más profunda entre nosotres y el mundo.

Entiendo que incluso una invitación a la conexión y la universalidad pueda ser problemática en una época de tanta división. Ya sea el *Black Lives Matter* o el *All Lives Matter*, los derechos de las personas trans o los de las terfs, anti o provacuna..., ésta es una época que demanda tomar partido. Y hay mucho en juego. Llamar, por tanto, a la

unión conlleva el riesgo de minimizar la necesidad de que las personas luchen por los derechos y libertades básicos, cuando hay buenas razones para los desfiladeros que se han abierto entre nosotres.

No creo que «nuestras diferencias no importen» o que todes seamos iguales. Soy muy consciente del peso del contexto social, histórico, económico y político de nuestras diferencias y de cómo éstas afectan a nuestras vidas. También creo que, más allá de las experiencias que vivimos y de aquéllas heredadas o ancestrales –detrás de nuestras culturas e identidades únicas–, hay algo en común, y creo que esto es algo a lo que todes podemos acceder a través de la creatividad.

La creatividad estimula la conexión. Y la conexión con el yo verdadero e incómodo nos permite asumir la responsabilidad de nuestro impacto en otras personas, en lugar de ir por la vida a ciegas, pululando sin sentido ni conexión, días tras día, quedándonos con lo que podamos de cada encuentro, sin otro pensamiento más allá del

de «mi supervivencia, la supervivencia de mis hijos, mi supervivencia, la supervivencia de mis hijos».

/

En los siguientes capítulos, elogiaré la creatividad, elogiaré la música y el teatro, y elogiaré el acto de reunirnos para sentirnos unidos. Entiendo que lo que el ser humano necesita, más que la oportunidad de asistir a un concierto o actuar en una obra de teatro, es tener acceso a una vivienda digna y adecuada, a unas condiciones laborales seguras y justas, a atención médica, a alimentos y agua frescos y no contaminados, y a un entorno para su familia que no sea violento, peligroso o traumático. Pero también entiendo que, además de estos requisitos básicos, el ser humano siempre ha necesitado – y siempre necesitará– jugar, crear, reflexionar y liberarse.

Voy a usar estos términos para explorar mis ideas: creatividad, conexión y conexión creativa. La creatividad es la capacidad de sentir asombro y el deseo de responder

ante aquello que nos deslumbra. O dicho de manera más sencilla: la creatividad –el acto de crear, sea cual sea– es un acto de amor. Normalmente se emplea para referirse a la creación artística, pero también puede usarse para hablar de cualquier cosa que hagas que requiera tu concentración, habilidad e ingenio. Se requiere creatividad para vestir bien, por ejemplo. Para cuidar de los hijos. Para pintar un alféizar. Para prestarle toda tu atención a alguien a quien quieres.

La conexión es la sensación de aterrizar en el tiempo presente. Es estar completamente inmerso en lo que te ocupe, prestando total atención a los detalles de la experiencia. Se caracteriza por la consciencia de tu pequeñez en el gran esquema de las cosas. La sensación de estar totalmente ubicada. Justo aquí. Y no importa si ese «justo aquí» es agitado o tranquilo, es alegre o doloroso.

La conexión creativa es el uso de la creatividad para acceder a la conexión y sentirla, y que tú y quienes estén contigo en ese momento alcancéis un espacio más conectado.

Puede que sea más fácil para los artistas experimentar esa conexión con un estado más profundo, pero, en realidad, cualquiera que haya meditado, rezado, contemplado las estrellas, cocinado un plato especial para sus seres queridos, dado un puñetazo, recibido uno, hecho algo con sus manos, aprendido una habilidad porque no le quedaba otra, cualquiera que haya estado al servicio de los demás, que haya sido voluntario un tiempo, que se haya encontrado al límite de la locura o al límite de su experiencia, que haya aceptado una verdad difícil, o cualquiera que por alguien se haya puesto en segundo lugar, que de forma honesta se haya desviado de su camino, la ha sentido. La conexión no es dominio exclusivo de los artistas, pero el arte es una buena manera de entender el fruto de ese lugar donde comienza lo común.

Cuando me refiero a los «lectores», puedo estar refiriéndome a la persona que se interesa por el texto, la música o las obras de arte, pero también me refiero a la persona que se interesa por los amigos, los desconocidos,

las parejas y el mundo a su alrededor. El lector es la puerta que debe abrirse para dejar que entre el significado.

Cuando me refiero a los «escritores», puedo estar refiriéndome a un escritor de texto o música, pero también a los autores de la experiencia. Esa parte de ti que crea la narrativa de tu existencia y que está intentando encontrar constantemente un hilo lo bastante fuerte que te lleve de las páginas en blanco de un día a las del día siguiente.

/

James Joyce me dijo una vez: «En lo particular está contenido lo universal». Agradecí el consejo. Me enseñó que cuanto más atención presto a mi «particular», más oportunidades tengo de alcanzarte en el tuyo.

Llevo poniéndome delante del micrófono veinte años, deseoso de aprovechar cualquier oportunidad para hablar y que me escuchen. En este camino, he entrado en muchas salas y he pensado: «Uf, no sé qué va a pasar esta noche».

Miré a mi alrededor un momento, dejando volar mi esperanza como una vieja cometa destrozada. «¿Algune de vosotros, que estáis rondando entre las estanterías, sois escritores como yo? ¿Alguien quiere relajarse fuera y echar un cigarrillo?». Pero no. Nada.

Subí adonde se iba a celebrar el evento; había algunas sillas alineadas frente al micrófono. Vi una habitación pequeña al otro lado de las escaleras, tras un panel de cristal. La gente que había dentro estaba quieta, con la cabeza inclinada hacia las vitrinas. Leí la inscripción de la puerta: «Sala del Libro Raro». Pregunté a la dependienta si podía entrar a mirar, y me dijo: «Claro, cielo, adelante». Abrí la puerta y me adentré en el sosiego de las viejas palabras.

Sobre una base en el centro de una vitrina, entre grandes revistas fotográficas y libros antiguos encuadernados en piel, vi *El libro rojo* de Jung. Tendría unos treinta centímetros de altura, estaba iluminado desde abajo y abierto por las primeras páginas. Leí esas páginas y sentí cómo se alteraba mi respiración, algo en su

lenguaje me llamaba. Me había estado sintiendo tan fuera de lugar y tan cerca del límite... No quería levantarme y hacer una lectura en una librería y contestar a preguntas sobre mi novela. Sólo quería sentarme en el parque y hablar con mi amigo hasta que fuera la hora de volar al siguiente destino. Pero me reencontré conmigo mismo cuando vi ese libro y leí esa página.

Hablad luego de locura enferma, cuando el espíritu de la profundidad ya no pueda ceder y fuerce al hombre a hablar en lenguas, en vez de hacerlo en lengua humana, y le haga creer que él mismo es el espíritu de la profundidad. Pero hablad también de locura enferma cuando el espíritu de este tiempo no deje a un hombre y lo fuerce a ver siempre únicamente la superficie, a negar el espíritu de la profundidad y a tomarse a sí mismo por el espíritu de este tiempo. El espíritu de este tiempo es «no divino», el espíritu de la profundidad es «no divino», la balanza es divina.

Miré a mi alrededor un momento, dejando volar mi esperanza como una vieja cometa destrozada. «¿Algune de vosotros, que estáis rondando entre las estanterías, sois escritores como yo? ¿Alguien quiere relajarse fuera y echar un cigarrillo?». Pero no. Nada.

Subí adonde se iba a celebrar el evento; había algunas sillas alineadas frente al micrófono. Vi una habitación pequeña al otro lado de las escaleras, tras un panel de cristal. La gente que había dentro estaba quieta, con la cabeza inclinada hacia las vitrinas. Leí la inscripción de la puerta: «Sala del Libro Raro». Pregunté a la dependienta si podía entrar a mirar, y me dijo: «Claro, cielo, adelante». Abrí la puerta y me adentré en el sosiego de las viejas palabras.

Sobre una base en el centro de una vitrina, entre grandes revistas fotográficas y libros antiguos encuadernados en piel, vi *El libro rojo de Jung*. Tendría unos treinta centímetros de altura, estaba iluminado desde abajo y abierto por las primeras páginas. Leí esas páginas y sentí cómo se alteraba mi respiración, algo en su

lenguaje me llamaba. Me había estado sintiendo tan fuera de lugar y tan cerca del límite... No quería levantarme y hacer una lectura en una librería y contestar a preguntas sobre mi novela. Sólo quería sentarme en el parque y hablar con mi amigo hasta que fuera la hora de volar al siguiente destino. Pero me reencontré conmigo mismo cuando vi ese libro y leí esa página.

Hablad luego de locura enferma, cuando el espíritu de la profundidad ya no pueda ceder y fuerce al hombre a hablar en lenguas, en vez de hacerlo en lengua humana, y le haga creer que él mismo es el espíritu de la profundidad. Pero hablad también de locura enferma cuando el espíritu de este tiempo no deje a un hombre y lo fuerce a ver siempre únicamente la superficie, a negar el espíritu de la profundidad y a tomarse a sí mismo por el espíritu de este tiempo. El espíritu de este tiempo es «no divino», el espíritu de la profundidad es «no divino», la balanza es divina.

Compré una copia de la edición especial, una versión más pequeña que sólo contenía el texto, y me senté a leerla en una de las sillas vacías que estaban dispuestas para mi presentación. Recuerdo mirar confundido al hombre sonriente con pecho de paloma que me golpeó en el codo cuando la gente empezó a entrar para escuchar la charla.

Aquella noche hablé sobre la creatividad. Sobre las narrativas que construimos y que mantienen el mundo cohesionado y sobre aquellas que lo dividen. Sobre la importancia de la literatura y de contarnos historias para cultivar una empatía más profunda y sobre la importancia de ser conscientes de la desenfrenada desigualdad en nuestras sociedades. Seguí pensando en estos temas durante la gira de promoción del libro y, de hecho, los abordé en el discurso de apertura del Festival de Escritores de Sídney. Es más, lo que expongo en este texto empezó a cobrar fuerza en mi mente entonces, en aquella librería de Portland, tras conocer a aquel hombre en el parque y descubrir a Jung en la sala de libros raros.

Es importante reconocer que mientras yo seguí viajando por el mundo para dirigirme a la gente que acudió a escucharme, el núcleo de las cosas sobre las que hablé tomó forma gracias al encuentro con un hombre cuyo nombre nunca supe, alguien que no tiene la oportunidad de tomar la palabra en este texto por sí mismo.

/

En *El libro rojo*, Jung explora extensamente su idea de que una persona está gobernada por dos espíritus: el espíritu de este tiempo y el espíritu de la profundidad. Esta idea resonó en mí con tanta determinación que se convirtió en una parte crucial de mi comprensión de la condición humana.

Según mi interpretación, el espíritu de este tiempo es la parte de ti que está preocupada por adaptar tu vida a un relato que puedas digerir, la parte de ti que se preocupa por los problemas actuales, las modas actuales

y los quehaceres del día a día. Esa parte de ti que te insta a conseguir unas metas determinadas, ya sea tener hijos, encontrar pareja, dejar la bebida o las drogas, o ahorrar el suficiente dinero para dejar tu ciudad natal. Esa parte de ti que trabaja en pro de algo. La parte de ti que se preocupa por ser respetable y ganarse la aprobación de tus semejantes.

El espíritu de la profundidad es la parte más antigua de ti. La parte que responde al mundo invisible. La parte que no tiene sentido y se expresa con símbolos pesados. Tu locura, tus sueños, tus visiones. El espíritu de la profundidad se comunica a través de arquetipos, máscaras, formas animales. Se siente atraído por la naturaleza y lo salvaje. El espíritu de la profundidad no se da por satisfecho cuando consigues las cosas que el espíritu de este tiempo te dijo que necesitabas para tener una vida satisfactoria. El espíritu de la profundidad ve el alma

como un ser viviente, existente en sí mismo, y con eso

contradice al espíritu de este tiempo, para el cual el alma es una cosa dependiente del hombre, que se puede juzgar y clasificar, y cuyo alcance podemos comprender. Tuve que reconocer que aquello que yo antes había llamado mi alma no había sido para nada mi alma, sino una construcción doctrinaria muerta.

En *El libro rojo*, Jung busca el espíritu de la profundidad y el espíritu de este tiempo, los persigue activamente, los reta e invita a hablar a través de él. Se induce una especie de trance. Se lleva a sí mismo al borde de la psicosis para convivir con espíritus y visiones y quizás así poder «reencontrar» por fin su alma.

Por tanto, aquel cuyo deseo se aleja de las cosas externas es quien llega al lugar del alma. Si no encuentra el alma, lo apresará el horror del vacío, y el miedo lo arreará blandiendo el látigo en una ambición desesperada y un ciego deseo por las cosas vacías de este mundo. Se vuelve loco por su deseo interminable y se extravía de su alma para no encontrarla

nunca más. Él correrá detrás de todas las cosas, las acaparará a todas ellas y, sin embargo, no encontrará su alma, pues sólo la encontraría en sí mismo.

Hemos estado persiguiendo cosas, nos hemos aferrado a ellas, pero no hemos encontrado nuestra alma, ya que sólo la podemos encontrar en nosotros mismos.

Creo que internet es la máxima expresión del espíritu de este tiempo; es la voz del consciente colectivo. Pero no puede representar al inconsciente colectivo; el espíritu de la profundidad habla a través de la poesía y la música, de la ficción, la imagen y el mito. Está *offline*. Por debajo. Se alcanza a través del ritual creativo y abandonándose a algo salvaje y, en muchos sentidos, aterrador.

Para Jung, una persona necesita mantener un sólido equilibrio interior entre el espíritu de este tiempo y el espíritu de la profundidad; demasiado de uno de ellos genera neurosis. Tanto al individuo como a la sociedad. Culturalmente, hemos permitido que la balanza se incline drásticamente, se nos ha privado de nuestra

naturaleza más profunda, hemos dado la espalda al espíritu de la profundidad y vivimos completamente en el espíritu de este tiempo. Para recuperar nuestro equilibrio, necesitamos afinar de nuevo la capacidad de profundizar, de «apartarnos de las cosas externas». Para afrontar lo que hay en nosotros mismos. Esto empieza por la conexión y la creatividad.



/

Es incómodo aprender nuevos hábitos. Los viejos hábitos persisten. Me doy cuenta de que desconecto de conversaciones, me distraigo con facilidad cuando otra gente está hablando, o pienso en mis propias experiencias cuando alguien trata de describir las suyas. Es difícil advertirlo porque, en un estado de desconexión, la autoconsciencia es una de las primeras frecuencias en vaciarse y silenciarse. Cuando esto sucede, necesito la creatividad para volver a conectarme, aunque sea lo último que quiera. Una conexión creativa vuelve a acercarte a ti mismo cuando has empezado a perderte; esta proximidad es intensa y fomenta una mayor atención y una mejor escucha, lo que a su vez vuelve a provocar una conexión profunda.

Una niña está sentada en su pupitre. Con la cabeza sobre el libro, mirando las páginas. Debería estar escribiendo, pero

está inquieta y no puede pensar bien. Empieza a golpear la mesa silenciosamente, tamborileando con las puntas de los dedos, y durante un rato se entrega al placer del ritmo.

Una mujer de unos setenta años está esperando en la parada del autobús mientras entona un viejo himno religioso para matar el tiempo. A su lado, un hombre mucho más joven cierra los ojos para poder escucharla mejor.

Un chico atraviesa un parque al anochecer, mirando los pájaros que sobrevuelan los árboles.

Un grupo de personas escenifica un conflicto en un taller de teatro y habla sobre cómo las cosas podrían haber sido diferentes.

¿Puede ser que el hecho de convertirme en un mejor o más atento lector (de textos) u oyente (de música) me anime a su vez a hacerme mejor lector y mejor oyente de otra gente, del mundo y de mí mismo?

Creo que sí.

A mí está claro que me ha ayudado. Aunque aún se me da fatal reconocer mi comportamiento de manera inmediata, por lo menos se me da definitivamente mejor que antes darme cuenta de que no me estaba dando cuenta.

En resumen: me resulta útil cualquier cosa que pueda recordarme en todo momento que hay otras personas existiendo y que sienten su existencia de forma tan plena como siento yo la mía. La música y la literatura me llevan directamente a la experiencia de otros y directamente fuera de la mía.

Kabir dice: «El amor no se hace realidad con palabras». Si me voy a comprometer, tengo que hacerlo con mis actos, no sólo con el pensamiento. La práctica diaria de conexión intencionada con la historia de otra persona me puede ofrecer a mí, lector atento, un vivo ejemplo de cómo acercarse a un intercambio sin ser explotador, violento o egoísta. Pero no puedo cultivar este hábito sólo leyendo. En algún momento necesito sacar al mundo lo que he estado practicando y comenzar a aplicarlo en mis

encuentros. Kabir también dice en el mismo poema: «El amor del que hablo no está en los libros. / Quien lo ha querido lo tiene». Si realmente deseo una experiencia más relevante, la encontraré. Ya está ahí. La próxima vez que vaya a emitir un juicio severo sobre una desconocida que me ofenda, ¿me podré permitir, en lugar de eso, verle como el ser humano defectuoso y complejo que es, alguien sumido en la angustia, en la pérdida, en la ambición y la decepción, recorriendo una y otra vez el camino volátil de sus fracasos? ¿Y la próxima vez que esté a punto de juzgar con dureza a la persona que más quiero y con quien más confianza tengo por herir de una forma u otra mis sentimientos? ¿Puedo hacer lo mismo por ellos? ¿Verles como los protagonistas de su propia historia, en lugar de como un accesorio de la mía?



se desarrollan en oposición unas de otras. Internet es cada vez más un lugar para reafirmarnos como miembros de esta o aquella tribu que comparten esta o aquella forma de pensar y que recelan de aquellos que no están de acuerdo con ellos. Pero, como dice un estudio de 2015 publicado en *Current Biology*: «La capacidad de expresar empatía – la capacidad de compartir y sentir las emociones del otro– se ve restringida por el estrés de estar rodeados de desconocidos».

La idea de una banda hostil de «otres» justo al otro lado de esa colina digital (todas esas rabiosas muchedumbres enfrentadas: progres contra fachas, ofendidos contra «cuñados», de los teóricos de la conspiración del estado contra los consumidores de noticias *mainstream* o cualquier otro tipo de nosotros-contra-ellos) afecta negativamente a nuestra capacidad de empatizar. La percepción de una amenaza nos hace menos confiados y abiertos, más alejados de los unos de los otros y nos lleva a aferrarnos con vehemencia a lo que sea que nos mantenga

en comunidad con quien sea a quien le hayamos jurado lealtad.

Nos convertimos en vehículos de creencias por y contra las que luchamos. Silenciamos nuestros matices con el fin de proyectarnos en la conciencia colectiva exclusivamente como una cosa u otra, justos y correctos en nuestras polaridades. Vanagloriándonos por la respuesta que esto provoca en los demás. Soy una Cruz de San Jorge o soy Todos los Polis Son Bastardos. Y si te ofendes, vete a la mierda. Yo sé quién soy. Sé lo que represento.

*En Sobre el inconsciente, Jung escribe:*

Suele confundirse el «autoconocimiento» con el conocimiento de la propia personalidad y/o la conciencia. Cualquiera que tenga conciencia del yo cree naturalmente conocerse a sí mismo. Pero el yo sólo conoce sus propios contenidos, no los del inconsciente. El hombre mide su autoconocimiento según el conocimiento medio de su entorno social sobre sí mismo, no según las circunstancias psíquicas reales, que en su mayor parte permanecen ocultas.